

i. haarlem

*Cuando de Amsterdam el gallo de oro cante,
la gallina de oro de Haarlem pondrá.*

Las Centurias, de NOSTRADAMUS

Haarlem, esa admirable bambochada que resume la escuela flamenca. Haarlem, pintado por Jan Brueghel, Peeter Neefs, David Teniers y Rembrandt.

Y el canal donde tiembla el agua azul, y la iglesia cuyas vidrieras de oro resplandecen, y el *stöeb*¹⁹ donde la ropa se seca al sol, y los tejados, verdes de lúpulo.

Y las cigüeñas que aletean en torno al reloj de la villa, estirando el cuello desde lo alto del cielo y recibiendo en el pico las gotas de lluvia.

Y el despreocupado burgomaestre que acaricia con la mano su papada, y el enamorado florista que se consume con la mirada clavada en un tulipán.

Y la gitana que se desvanece sobre su mandolina, y el anciano que toca el *rommelpot*²⁰ y el niño que infla un odre.

¹⁹ Balcón de piedra.

²⁰ Instrumento de música [parecido a la zambomba].

Y los bebedores que fuman en la lóbrega taberna,
y la criada de la hospedería que cuelga en la ventana
un faisán muerto²¹.

²¹ [Véase el cuadro de Gerard Dow en el museo del Louvre: *Mujer colgando un faisán.*]

2. el albañil

El maestro albañil. —Mirad esos baluartes, esos contrafuertes; parecen contruidos para la eternidad.

SCHILLER, Guillermo Tell

El albañil Abraham Knupfer canta, con la llana en la mano, en un andamio por los aires, tan alto que, mientras lee los versos góticos de la campana mayor, nivela con los pies la iglesia de los treinta arbotantes y la ciudad de las treinta iglesias.

Ve cómo las tarascas de piedra vomitan el agua del tejado de pizarra en el abismo confuso de las galerías, ventanas, pechinas, campanillas, torrecillas, tejados y andamiajes, que el ala dentada e inmóvil del terzuelo mancha con un punto gris.

Ve las fortificaciones que se recortan en forma de estrella, la ciudadela que se pavonea como una gallina ante una hogaza, los patios de los palacios donde el sol seca las fuentes, y los claustros de los monasterios donde la sombra gira en torno a los pilares.

Las tropas imperiales se han alojado en el barrio. Allí va un jinete tocando el tambor. Abraham Knupfer distingue su sombrero de tres picos, sus agujetas de lana roja, su escarapela ribeteada con un cordón y su faldón atado con una cinta.

También ve en el parque engalanado con gigantescas enramadas, sobre anchos prados color esmeralda, a unos soldados que acribillan con los disparos de sus arcabuces a un pájaro de madera ensartado en la punta de un mayo.

Y por la tarde, cuando ya se había dormido la armoniosa nave de la catedral, acostada con los brazos en cruz, Abraham Knupfer vislumbró desde la escalera, allá en el horizonte, un pueblo incendiado por las gentes de la guerra y que resplandecía como un cometa en el azur.

3. el capitán lázaro

Todas las precauciones son pocas en estos tiempos que corren, sobre todo desde que los falsificadores de monedas se han establecido en este país.

El sitio de Berg-Op-Zoom

Se sienta Johan Blazius en su sillón de terciopelo de Utrecht, mientras el reloj de San Pablo da las doce campanadas sobre los tejados carcomidos y caliginosos del barrio.

Se sienta el lombardo gotoso en su banco de madera de Irlanda para cambiarme este ducado de oro que saco de mis calzones, y que aún guarda el calor de un pedo.

¡Uno de los dos mil que una sangrienta carambola de la fortuna y de la guerra arrojó desde la escarcela de un prior de benedictinos hasta la bolsa de un capitán de lansquenets!

¡Dios me perdone, el cicatero lo examina con su lupa y lo pesa en su balanza, como si mi espada hubiese acuñado falsa moneda sobre el cráneo del monje!

Ea, abreviemos, maese cornudo. No estoy de humor ni tengo tiempo para amedrentar a esos rufianes a los que tu mujer acaba de lanzar un ramo de flores por aquel agujero.

Y necesito echarme al colete alguna que otra jarra, ocioso y melancólico como estoy desde que la paz de Munster me tiene encerrado en este castillo como una rata en un farol.